

LA VISION DE LO ECOLOGICO DESDE LA PERSPECTIVA CRISTIANA. LA CREACIÓN: ENTRE EL GEMIDO Y LA LIBERACIÓN

Israel Flores Olmos

Toda visión cristiana es contextual, no está determinada previamente sino que se construye con el contexto y su mensaje que es el evangelio del Reino de Dios. Sin embargo, al ser el evangelio liberador, tiene su lugar privilegiado en el gemido de toda criatura, de lo contrario todo discurso cristiano será especulación o una mirada ciega y sorda. El paradigma sigue siendo el mismo del Éxodo en que Dios escuchó el gemido de su pueblo oprimido por la esclavitud bajo el imperio egipcio y en donde se dio una relación de opresión-liberación, en donde Dios tomó la opción por su pueblo oprimido. Desde ahí, el lugar privilegiado de la misión cristiana ha de estar puesta en todo aquel que gime. Así fue la práctica misma de Jesús: quien “al ver a la gente sintió compasión” por el pueblo, al escuchar el gemido de los enfermos, de los parias de su sociedad, sintió misericordia. Ante la mujer marginada que pasó muchos años con flujo de sangre, ante el ciego que gemía al lado del camino, símbolo de marginación, y que Jesús sana y lo hace entrar en el camino restaurándole y dignificándole, liberándole.

Toda visión cristiana es contextual y plural, de modo que, en este sentido, es importante hablar de la visión cristiana de las mujeres, que de manera muy especial desde el eco-feminismo han sabido tomar de manera holística la reflexión cristiana incluyendo desde el inicio el tema ecológico, y viendo a la Tierra como madre que da vida, crea y recrea, que es fecunda y da sustento a sus hijos e hijas; creando así nuevas referencias y nos hace repensar a nosotros mismos como elementos participantes del único cuerpo que es la vida, que es la naturaleza, que es Dios.

Asimismo, la visión cristiana de los indígenas en América Latina, han integrado a su confesión, la cosmovisión de una relación total con la creación recuperando la concepción de la tierra como espacio sagrado y digna de respeto también.

Según la concepción bíblica, la creación ha sido realizada “por Dios”, conformada “por medio de Dios”, y existe “en Dios”. El Creador mismo está presente en su creación mediante el Espíritu. No se limita a adoptar una posición trascendente frente a ella, sino que entra en ella y es, al mismo tiempo, inmanente a ella. El salmo 104,29-30 aporta, como dice Moltmann¹, *el fundamento bíblico para esta concepción de la creación en el Espíritu*:

“Si escondes tu rostro, se aterran,
Si les quitas el aliento y mueren
y vuelven al polvo.
Pero si envías tu Espíritu, son creados,
y así renuevas la faz de la tierra”².

¹ Cf. MOLTSMANN, Jürgen, *Dios en la creación. Doctrina ecológica de la creación*. Tra. Víctor A. MARTÍNEZ. Salamanca, 1987. p. 22-23.

² *La Santa Biblia. Nueva versión internacional. Sociedad Bíblica Internacional.*

Las criaturas son “creadas” (*bara*) con el flujo permanente del Espíritu (*ruah*) divino, existen en el Espíritu y son “renovadas” (*hadash*) mediante el Espíritu. Esto presupone que Dios crea siempre a través, y en la, fuerza, de su Espíritu; y que, por consiguiente, la presencia de su Espíritu condiciona la posibilidad y las realidades de su creación. Presupone también que el Espíritu es derramado sobre todo cuanto es; y que el Espíritu lo conserva, lo vivifica y lo renueva a cada instante.

Además, dado que en la concepción hebrea el Espíritu (*ruah*) es femenino, hay que captar esa vida divina de la creación con metáforas femeninas. El Espíritu Santo es “derramado” sobre toda criatura, por lo que es la “fuente de la vida” y está presente en todo lo que es y vive. El Espíritu cósmico continúa siendo Espíritu de Dios, y se convierte en el Espíritu de la tierra en la medida en que actúa en nosotros como fuerza que da vida.³

Así nos encontramos con un Dios ecológico. En el juego complejo de relaciones que todo incluye, todo valoriza, todo concatena. Dios apunta en cada ser, gesticula en cada relación, irrumpe en cada ecosistema. Como afirma Leonardo Boff,⁴ la ubicuidad cósmica del Espíritu nos permite recuperar una antigua idea cristiana que viene a reforzar nuestra espiritualidad y enriquecer la lectura teológica de la ecología: el panenteísmo. El pan-en-teísmo distingue, aunque siempre relacionando, Dios y criaturas. Uno no es el otro, cada cual posee su autonomía relativa, quiere decir, siempre relacionada. Todo no es Dios, y Dios está en todo, es lo que la etimología de la palabra sugiere: que Dios está presente en todo, hace de cada realidad su templo y viceversa, todo está en Dios. A Él nunca vamos, de El nunca salimos, pues estamos siempre en El, por lo tanto "en El vivimos, nos movemos y somos" (Hec. 17,28).

Pero es una creación que gime, que se duele, que se lamenta. Sin duda sigue habiendo muchos gemidos hoy en día: el de los pobres, los extranjeros, las mujeres doblemente marginadas, los indígenas, los sin tierra, y esos gemidos en medio de tanto ruido en muchas ocasiones no se escuchan. Uno de esos gemidos es el de la tierra misma, de la creación, de esta nuestra casa (*oikos*) que en medio del deterioro ambiental y la contaminación actualizan la palabra de San Pablo en la carta a los Romanos “la creación gime con gemidos indecibles por su restauración”.

En el Amazonas el gemido asume interminables sonidos: el ruido ensordecedor de las motosierras cortando troncos. Es el ruido leve y desgarrador del hacha cortando la palmera para sacar el palmito, transformando la comida básica de la comunidad, en un

³ Juan Calvino fue uno de los pocos que ha recogido y sostenido esa concepción, dice: “Pues él extendiéndose por todas partes [el Espíritu Santo] sustenta, da fuerza y vivifica todo cuanto hay, tanto en el cielo como en la tierra. Así mismo excede a todas las criaturas en que a su potencia no se le señala término ni límite alguno, sino que el infundir su fuerza y su vigor en todas las cosas, darles el ser, que vivan y se muevan, todo esto evidentemente es cosa divina” (*Institución de la Religión Cristiana*, I, XIII, xiv). Con su idea de la inmanencia de Dios-Espíritu en la creación, Calvino nos deja ver que es el Espíritu de Dios quien actúa introduciéndose en el mundo y produce la cohesión del mundo sin confundirse con éste. Cf. MOLTSMANN, *op cit.* p. 24.

⁴ BOFF, Leonardo, *Ecología, mundialización y espiritualidad*. México, Atica, 1993. pp. 45-47.

elemento sofisticado de la cocina francesa: corazón de palmera. Es el inaudible gemido de los ríos envenenados por el mercurio, a cambio de oro, en minas donde la vida humana vale mucho menos que una pepita de ese oro. Es fuerte el rugido de los motores de las embarcaciones frigoríficas que, con sus redes, llevan la gamba, a las mesas de los países del norte, y arrojan fuera toneladas de pescado arruinado.

Es el llanto de las madres, el sollozo sofocado de los padres al ver a sus pequeños menguar a causa de la malaria, del sarampión, enfermedades invencibles para quien no gana nada. Es la rabia sorda y silenciosa del agricultor, explotado como esclavo por su patrón. Un gemido continuo, constante, permanentemente mezclado con el canto de los pájaros, con el alboroto de los monos, con el rugido del jaguar, con el rumor de las hojas mecidas por el viento, con las canciones festivas de la gente.

Los profetas del Antiguo Testamento ya denunciaban el detrimento de la naturaleza y del ser humano por la prosperidad de las ciudades, intentarán detener esta destrucción progresiva, denunciando todos estos abusos contra el pueblo y la naturaleza. Hablarán, denunciarán las viñas arrancadas, de calzados militares pisando los campos, de gente acumulando tierra, de vides transformadas en espinos, de montes convertidos en matorrales, de armas, de arcos, de guerra, de sangre derramada, de jueces corruptos, de balanzas alteradas, de violencia, mucha violencia contra el ser humano y su casa.

Despertarán la memoria, recordarán Egipto y la acción liberadora de Dios, la lucha contra el Estado opresor. Y soñarán, continuarán soñando con lluvia, con fertilidad, con trigo, con aceite y vino nuevo, con mesas llenas de comida y de fiesta, con niños brincando con serpientes, con osos pastando con vacas, con leones corriendo con cabritos. Nadie hará el mal ni destrucción ninguna en todo mi santo monte, porque la tierra quedará llena del conocimiento del Señor así como las aguas llenan el mar (Is. 11, 9). Soñarán con un viejo tronco cortado echando un brote nuevo, volviendo a vivir.

Pero no escucharon la voz de los profetas. La lógica de la dominación y de la explotación continuó imperando: ¡la destrucción llegó! En medio de esta destrucción ecológica se alza la voz de Yahvé:

Por mucho tiempo he guardado silencio,
he estado callado y me he contenido.
Pero ahora voy a gritar como parturienta,
voy a resollar y jadear al mismo tiempo (Isaías 42, 14, NVI).

Dios comienza a ser visto como la gran madre, la única madre generadora de la vida de todos y de todo: “Yo te formé... yo te hice... yo te crié... yo te modelé... yo te tomo por la mano... yo te ayudo... yo estoy contigo... yo te doy fuerzas...”. Dios da a Luz y de este “parto divino”, por su Espíritu, al mismo tiempo abrasador, vivificador y creador, va a salir la vida, toda forma de vida.

La naturaleza deja de ser vista como un conjunto de fuerzas míticas, antagónicas, producida por los conflictos de los dioses/fuerzas del bien y del mal. A partir de ahora la naturaleza tiene dueño, tiene sentido. La naturaleza, nuestra casa: *Oikos*.

El término *ecología* nos refiere en sí mismo a la concepción de casa, *oikos*. La imagen de la casa habla por sí misma. El cosmos es el hogar de todos los seres de la naturaleza, es lugar donde las relaciones son cálidas, donde las mutuas interacciones se

establecen a partir de lazos de hermandad y, por tanto, de igualdad. Nada existe por sí mismo, sino gracias a relaciones interdependientes que anulan toda prepotencia.

En los evangelios aparece frecuentemente el término casa, *oikos*, con múltiples contenidos semánticos: hogar, familia, nación, pueblo, templo, santuario. Nuestra casa, el hábitat donde nos movemos y existimos en relación, es reconocida como espacio de libertad y de comunicación mutuas. En ella, todos y todas hallan acogida, nadie es excluido porque no sirve o no es útil. Es el lugar donde se restablecen las relaciones de solidaridad, donde la vida y la salud ocupan un lugar central. Es, en consecuencia, escuela de un nuevo modo de encontrarse y de reconocerse, que necesariamente abre a una nueva relación con el resto de la creación. Por esto, como afirma Ivone Gebara, los desafíos ecológicos que se nos presentan nos hacen preguntarnos en último término por la calidad de nuestras relaciones interpersonales, intergrupales e internacionales, así como por las estructuras donde éstas se enmarcan y por las consecuencias que se derivan de nuestras acciones. Nos cuestionan igualmente nuestras relaciones con el ecosistema.⁵ La casa que habitamos es un proceso constante, de generación, reproducción y defensa de la vida. No es un hecho acabado, sino una dimensión constante de nuestra lucha hasta que nunca más haya tinieblas, aguas del abismo y desierto.

El problema es que pensamos que el principio está lejos de nosotros, que el momento inicial de belleza no es nuestro, que el momento de la creación en que “todo era bueno” ya está demasiado distante para ser recuperado. Pensamos que este cuerpo de bellezas y delicias es sólo de los mitos del pasado, y no nuestro presente. En el principio, Dios... Como si todo tuviese un real comienzo en un ser fuera de todo el comienzo, arriba y más allá de todo el comienzo. Pero no, las estrellas, los mares, los árboles, los animales, los humanos... todo contiene, siguiendo a Moltmann, y a Ivone Gebara, el mismo misterioso soplo divino. ¡Todas las cosas son al mismo tiempo Sopro Divino!

Pero hemos creído que tenemos más soplo divino que cualquier otro ser creado, y por eso nos “construimos” una escala jerárquica y mecánica de seres que predomina hasta hoy. Construimos una visión jerárquica del mundo y de la humanidad que da sustento a nuestras injusticias y desigualdades.

En donde se hace más explícito esta violencia es precisamente en la guerra. Signo y consecuencia de la ambición, del desacuerdo, de la imposición de unos sobre otros, el no-*oikos*.

No suele prestarse mucha atención a los efectos *ecológicos* de las acciones militares, en especial de las campañas originadas en centros de poder lejanos. Le debemos a José Severino Croatto⁶ el excelente análisis de este aspecto del gemir de la

⁵ Cf. GEBARA, Ivone. *El nuevo rostro de Dios. Una reconstrucción de los significados trinitarios*. México, Dabar. 1994.

⁶ Cf. CROATTO, Severino José. *Isaías: La palabra profética y su relectura hermenéutica. Vol. I: 1-39. El profeta de la justicia y de la fidelidad*. Buenos Aires, La Aurora, 1989.

creación en la guerra en el contexto del Antiguo Testamento. Los ejércitos debían ser alimentados por lo producido en los territorios de tránsito o en los que iban ocupando. Se sabe que los egipcios —y la táctica debió ser general— acostumbraban organizar sus campañas militares en Canaán al inicio de las cosechas, para asegurar *in situ* la alimentación de los soldados, y poder llevarse el resto. Además de esto, los ejércitos cumplían la misión de *destruir* todo lo perteneciente al enemigo, y lo más característico eran las casas y los sembradíos. Lo significativo es el hecho, marcado enfáticamente en la Biblia, de que tal destrucción es siempre un acto violento, originado en un centro *de poder*. *En medio de tal destrucción* unos gozan con el despojo de los bienes y el uso y abuso de las mujeres, mientras otros “gimen” y lloran.

Cabe preguntarnos si no es esto lo que viven también hoy los países dominado por las grandes empresas que destruyen los recursos naturales a escala industrial, en las guerras o en el uso de agentes químicos que resultan devastadores de la *vida* del planeta. En este contexto de explotación industrial, de guerras y terrorismos, es importante retomar como afirma Croatto, la “reserva-de-sentido” que hay en el Deuteronomio en cuanto a la fauna y la flora (cap 20) en donde se legisla de esta manera:

Si sitias una ciudad por muchos días para combatir contra ella con el fin de tomarla, *no destruirás su arbolado* metiendo en él el hacha; en efecto, de él te alimentarás pero *a él* no lo cortarás. ¿Acaso son seres humanos los árboles del campo para desaparecer de tu presencia durante el sitio? 5 (v. 19).

La última imagen es por demás elocuente. La ley quiere preservar la función de la flora como fuente de vida. Ni en una guerra debe ser devastada. En aquel tiempo era el hacha el instrumento de destrucción, hoy son los herbicidas químicos. El v. 21 añade un detalle también interesante, por cuanto determina que, de necesitarse madera para la construcción de obras de asedio, sólo se usen *árboles no frutales*. Se puede observar que, en aquel contexto, la preservación de la fauna, y especialmente de la flora, se halla en relación con el sustento de los seres humanos. Tal aspecto está en la “reserva-de-sentido” del texto bíblico. Lo significativo es el hecho, marcado enfáticamente en la Biblia, de que tal destrucción es siempre un acto violento, originado en un centro *de poder*.

La fauna y la flora participan del ejercicio divino, Dios está presente ahí y toda violencia contra ellos es una violencia hacia lo sagrado. En la experiencia milenaria de los indígenas latinoamericanos, en sus tradiciones, sus costumbres, su manera de relacionarse con la naturaleza, con las personas, con el universo entero, guardan la sabiduría que alimenta y alienta su caminar histórico y de ellos debemos aprender de su entrañamiento con la naturaleza, su peculiar manera de construir la *casa (oikos)* en armonía con todo lo creado. Así se expresa un anciano lacandón:

Lo que la gente de la ciudad no comprende es que las raíces de todos los seres vivos están entrelazadas. Cuando un árbol majestuoso es derribado, cae una estrella del cielo. Antes de cortar un árbol, uno debería pedir permiso al guardián de las estrellas

(Chan K'in K, patriarca indígena lacandón)⁷. La experiencia de la debilidad, de la limitación, del estar necesitados unos de otros, nos aboca al Dios que es *Corazón del Cielo y Corazón de la Tierra*, que nos ha regalado la existencia en comunión con todo lo creado, con la Casa común. Los pueblos indígenas tienen la visión correcta de que reciben la vida muy directamente del agua, de la tierra, de los manantiales. Todo esto lo convirtieron también en representación o signos de la relación con el Dios de la vida. Hablaban de Dios como Agua, como Lluvia, como Tierra. Veían a Dios principalmente en representaciones femeninas, vitales. También representaron a Dios como Viento. El era la mediación entre la tierra que pisaban y el cielo que miraban. Entonces los montes, las llanuras y los valles los convirtieron en lugares sagrados. Señalaban un monte, delimitaban un espacio en el valle, circundaban un manantial y esos eran sus templos. En ellos se reunían para celebrar su encuentro con Dios.

Un hermano quechua de Bolivia ha explicado en el quinto encuentro de teología andina: “como *runas* (gente) somos los brazos de Pachamama”, dice: en nuestro universo simbólico, la corporalidad es vivida y entendida como vínculos entre personas y con todos los seres en un cálido espacio sagrado. El cuerpo no es objeto, ni es instrumento para “fines superiores” ni está subordinado a la mente, ni es anzuelo de publicidad capitalista. Según el sentir andino, la corporalidad es un “nosotros” y “todo”, un “somos comunidad”, un “vivimos en el universo de nuestro Dios”⁸.

En la Biblia griega se habla del *ta panta* (Col 1, 16; Ef 3, 9; 1 Tim 6, 13; Heb 1, 3). Los andinos le llaman *Pachamama*: todo está en ella; ella es vida. También la comunidad es vida y abarca las experiencias fundamentales, y es representada como algo orgánico y corporal. Los evangelistas, y, por tanto, sus comunidades, valoran de tal modo los elementos de la naturaleza (el mar, el monte, el cielo, el desierto, etc.), que hacen de ellos símbolos de su experiencia con Dios y su Reino. El símbolo nos introduce en la esfera de las imágenes, de los colores, nos conecta con nuestras emociones más profundas sin excluir la aproximación racional. Es un lenguaje que ha logrado articular la experiencia interior en comunión con el entorno, dotándolo de una palabra portadora de sentido. Este modo de comprenderse y de expresarse es propio también hoy de los grupos populares, de las comunidades campesinas e indígenas de los pueblos latinoamericanos. La naturaleza, el mundo circundante, la creación entera es acogida como *sacramento*, como *Palabra reveladora*, como expresión del Dios vivo que llama a la vida.

Así también, las imágenes de la naturaleza, contempladas tantas veces por las primeras comunidades cristianas, evocaban las condiciones y relaciones que habían de configurar la casa como el hogar de la obra creadora de Dios. En el sol, las estrellas, los caminos, el agua, el fuego del hogar, los montes, etc., encontraban reflejados los valores del Reino. La experiencia de vivirse en armonía con el cosmos les posibilitaba un

⁷ Agenda Latinoamericana on line, 2004.

⁸ Citado por Diego Irarrázaval en “Lo comunal en la modernidad”, Actas del Quinto Congreso de Teología andina”, Ayaviri, 26 al 28 de abril de 1994.

descubrimiento de la naturaleza, no exclusivamente en función de su utilidad, sino también como revelación del amor del Dios Padre y Madre. La ecología supone una filosofía de la vida, entraña unos valores que ciertamente hallamos reflejados en las páginas evangélicas, en palabra de Jesús, el Reino de Dios es: “como un árbol..., como una semilla de mostaza..., como una planta..., como el trigo..., como un monte..., como una perla..., como una red de pescar..., como el campo”. La ecología, la nueva casa (*oikos*) que Jesús está fundando son también relaciones nuevas, personales y cósmicas.

En los evangelios aparece frecuentemente el término casa, *oikos*, con múltiples contenidos semánticos: hogar, familia, nación, pueblo, templo, santuario. El uso de este término está cargado de significación. En realidad, es usado como figura de realidades comunitarias, más aún, como figura del Reino de Justicia y de Paz en contraposición al antiguo Israel. Jesús forma una nueva casa, esta rompe los estrechos límites del pueblo de Israel y abre sus fronteras a *los que quedan fuera*: los enfermos, los pecadores, los recaudadores de impuestos, los que tienen una cultura diferente de la israelita, esto es, aquellos que la institución judía excluía porque se consideraba a sí misma como centro y único modelo de encuentro con Dios y con la gente. Jesús los sienta a su mesa (Mc. 2, 13-17), con él las puertas permanecen abiertas para todos y todas. La comida, como nos dice Eliseo Pérez Álvarez, es figura del reinado de Dios, nos abre a la comunión universal y dice, al comentar acerca de la multitud de extranjeros con los que Jesús compartí la comida (Mc 7:13): En el Reino de Dios no hay extranjeros ni reglas de pureza, sino que reina la compasión, el compartir las arepas, los tostones, el panapen con la persona hambrienta sin mirar su nacionalidad, la mujer cananea tenía razón, en las comunidades donde reina la solidaridad hasta los perros son bien servidos⁹. Las relaciones personales establecidas en torno a la misma mesa y marcadas claramente por el uso del vocablo *oikía*, establecen lazos de cercanía y de familiaridad, de igualdad y de mutuo reconocimiento.

Todo esto contrasta con la casa (anti-*oikos*) del consumo depredador, del consumo agresivo. Hay un relato en la actualidad, más bien un meta relato que domina, en contraposición a Lyotard y como va a señalar Walter Brueggemann, es el metarrelato del “consumo agresivo” en donde se tiene una interpretación del mundo “según la cual el individuo es considerado como la unidad fundamental de sentido y referencia, dicha persona, en su ilimitada libertad, tiene autoridad (concedida por ella misma) para emplear el bienestar, la seguridad y la felicidad del modo que quiera”¹⁰. Las consecuencias de esto en términos ecológicos son inmediatas, este metarrelato se sostiene por la creencia de que el poseer, el usar y el consumir sin freno ni límite, nos llevará al bienestar, la seguridad y la felicidad. Dirá Brueggeman: “Esta interpretación de la realidad tiene su ingrediente de “agresividad” en la convicción de que cualquier

⁹ PÉREZ, Eliseo, Marcos. Minneapolis, Augsburg Fortress. 2007, p. 73.

¹⁰ BRUEGGEMANN, Waler, *Teología del Antiguo Testamento. Un juicio a Yahvé. Testimonio. Disputa. Defensa*. Trad. Francisco J. MOLINA de la Torre. Salamanca, Sígueme. 2007, p. 753.

desequilibrio es válido a fin de disfrutar del bienestar, la seguridad y la felicidad, y de que el empleo de la fuerza, la coerción y la violencia, ya sea para lograr o conservar ese desequilibrio, es totalmente coherente con la noción de felicidad”¹¹. Si a esto se la añade el ingrediente tecnológico y la capacidad de control de los medio de comunicación, resulta un relato imponente. En este contexto, se hace necesario retomar estas visiones cristianas en donde Dios no esta lejos del mundo, que gime, sino la fuerza de su Espíritu que es vida y está en toda vida renueva la visión y la razón instrumental, mecánica y técnica con que nos hemos acercado al mundo y hemos hecho de este la casa de unos privilegiados dejando fuera de ella a la mayoría y acabando con la casa común a todos que es este mundo.

Como el gemido de la esclavitud del pueblo de Israel se convirtió en cántico y danzas de mujeres con panderos después de su liberación, termino invitado con el salmista a la creación para llena del Espíritu del Dios de la vida cambie pronto su gemir por un canto y un baile restaurador:

Salmo 148.

- 1 Alabad a Jehová desde los cielos;
Alabadle en las alturas.
- 2 Alabadle, vosotros todos sus ángeles;
Alabadle, vosotros todos sus ejércitos.
- 3 Alabadle, sol y luna;
Alabadle, vosotras todas, lucientes estrellas.
- 4 Alabadle, cielos de los cielos,
Y las aguas que están sobre los cielos.
- 5 Alaben el nombre de Jehová;
Porque él mandó, y fueron creados.
- 6 Los hizo ser eternamente y para siempre;
Les puso ley que no será quebrantada.
- 7 Alabad a Jehová desde la tierra,
Los monstruos marinos y todos los abismos;
- 8 El fuego y el granizo, la nieve y el vapor,
El viento de tempestad que ejecuta su palabra;
- 9 Los montes y todos los collados,
El árbol de fruto y todos los cedros;
- 10 La bestia y todo animal,
Reptiles y volátiles;
- 11 Los reyes de la tierra y todos los pueblos,
Los príncipes y todos los jueces de la tierra;
- 12 Los jóvenes y también las doncellas,
Los ancianos y los niños.
- 13 Alaben el nombre de Jehová,

¹¹ *Idem.*

Porque sólo su nombre es enaltecido.
Su gloria es sobre tierra y cielos¹².

¹² *La Santa Biblia*. Versión Reina-Valera, SBU.